

Guillermo Hoyos-Vásquez: innovación pedagógica y pasión por la razón política

Guillermo Hoyos-Vásquez: Innovation in Pedagogy and Passion for Political Reasoning

Guillermo Hoyos-Vásquez: innovation pédagogique et passion par la raison politique

Guillermo Hoyos-Vásquez: inovação pedagógica e paixão pela razão política

Fecha de recepción: 17 DE NOVIEMBRE DE 2013/ Fecha de aceptación: 23 DE ENERO DE 2014

Encuentre este artículo en <http://magisinvestigacioneducacion.javeriana.edu.co/>

doi:10.11144/Javeriana.M6-13.GHVI

Escrito por CLARA CARRILLO-FERNÁNDEZ

UNIDAD DE EDUCACIÓN DE FRANKLIN COVEY

BOGOTÁ, COLOMBIA

claracarrillo.ami@franklincovey.com.co

A Guillo lo llevo en el alma.

A veces, muchas, he querido hablarle y entonces confronto su ausencia real.

Y me duele.

Octubre 10 de 2013.

Una reflexión crítica y deliberada sobre el que-hacer pedagógico conlleva a un cuestionamiento sobre la construcción de vínculo profesor-estudiante en cualquiera de los niveles del sistema educativo, desde Prekínder hasta más allá del doctorado. Esto porque, a mi juicio, ya no se trata de una relación asimétrica, como tradicionalmente se ha asumido, basada sobre todo en el conocimiento —a veces, incluso en el poder—, sino en un proceso de transformación mutua, donde el pensarse a sí mismo desempeña un papel fundamental en el desarrollo del potencial y talento natural tanto del uno como del otro.

La grandeza corresponde, como punto de partida, al profesor y al estudiante, lo que también exige el reconocimiento de la singularidad del estudiante, desde una perspectiva más humana de la educación. Ello nos pone de frente con la realidad del siglo XXI respecto a las necesidades y expectativas de los estudiantes, quienes, más que imposiciones, reclaman de sus profesores inspiración, coherencia y participación activa en los procesos de formación. La comprensión exigida para la construcción de sentido no pasa inadvertida hoy, porque el estudiante está abierto a nuevos retos, tras ciertos fracasos en la manera de hacer las

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article / Para citar este artigo

Carrillo-Fernández, C. (2014). Guillermo Hoyos-Vásquez: innovación pedagógica y pasión por la razón política. *magis, Revista Internacional de Investigación en Educación*, 6 (13), 173-176.

cosas por parte de quienes los precedieron. No hay en ellos un distanciamiento tan fuerte entre la ética, la estética y el afecto, como otrora existiera en algunos contextos. Al contrario: valoran la creatividad, anhelan la apertura auténtica y rescatan de diversas maneras el horizonte del día a día, como si entrevieran la posibilidad de una hermenéutica de la vida cotidiana. Desde esta perspectiva, la práctica del profesor Hoyos-Vásquez constituye una innovación pedagógica revelada en el presente artículo.

Hablar de Guillermo Hoyos-Vásquez es hablar de presencia plena. Aún recuerdo su sonrisa colmada de promesas, que nos invitaba al descubrimiento y a la indagación, pues el encuentro con sus estudiantes alcanzaba ese grado de comunicación en el que uno siente que definitivamente está avanzando hacia una enriquecedora experiencia de emancipación, como diría él mismo.

En opinión del profesor Hoyos-Vásquez, la educación desarrolla esa fuerza creativa de toda persona, necesaria para liberarnos de distintas alienaciones, por lo que resulta contraria a todo proceso de deshumanización. En consecuencia, era un maestro profundamente generoso con su saber y nos hacía sentir, como pensara Aristóteles, que el honor recaía en nosotros más que en él. No solo reconocía la singularidad de cada estudiante, sino que también creaba las condiciones para fomentar la grandeza de sus discípulos. Fue así como generaciones de filósofos nos formamos de la mano amorosa y firme de Guillo inspirados por su vocación filosófica; ello resultaba un goce que explicaba, entre otras cosas, la existencia de un grupo permanente de estudio liderado por él y amparado en la pasión provocada por el ejercicio filosófico compartido.

Era, además, un maestro de vida capaz de tornar esas pequeñas cosas que suceden durante clase en semillas de vivencias significativas, razón por la cual todo estudiante encontraba lugar en ese maravilloso horizonte que Guillo hacía de la vida. Entonces uno siempre se sentía acogido por él y colmado de una motivación intrínseca, relacionada con el respeto por el quehacer pedagógico. Sin duda, se respeta y se crece en lo amado.

Incesantemente corría el riesgo de pensar y obrar. Asumía con responsabilidad su libertad como el don más preciado después de la vida. Nunca se repetía. Era auténtico, virtud ética admirada por muchos, sin desconocer las incomodidades que esto pudiera causar, pues no es frecuente ver rupturas tan fuertes en tradiciones sedimentadas. Cuestionar de manera razonable era muestra de su compromiso con la participación en asuntos públicos, porque estaba convencido del ejercicio de la libertad política encaminado al goce efectivo de los derechos y libertades fundamentales de todas las personas. No hacerlo habría sido una

negación de su claro sentido de propósito y el profesor Hoyos-Vásquez valoraba la lealtad a los ideales. De allí su devoción por la educación, al considerarla el sendero más noble para construir una sociedad mejor para todos y todas. Es cierto: gradualmente fue abriéndose a la equidad de género y superó desde allí a nuestro venerado Kant, pues reconoció la necesidad de la igualdad de oportunidades para la mujer desde una democracia profunda, contraria a la democracia restrictiva, de la cual fue testigo.

Mientras escribo me pregunto si algún día abandonó la docencia, mas, en respuesta, no he podido encontrar pausa en la realización de su tarea, dado que enseñar no era para Guillermo una cosa más: era su razón de ser. Esto se revelaba en el interés puesto con igual intensidad tanto en la teoría como en sus acciones cotidianas: hablar de una manera y abordar el mundo de un modo completamente diferente le habría resultado absurdo. Amó la vida, el mundo, su defensa de la libertad, su práctica docente y en especial a sus estudiantes; por ello, no se limitó a enseñar, sino que hizo de su vida una continua enseñanza, al proponer una construcción de vínculo profesor-estudiante radicalmente distinta a la habitual, caracterizada, en esencia, por una "relación dialógica permanente que une para siempre a quienes han buscado juntos". Ese, considero, fue su mayor legado para la educación.

En efecto, reconocía el valor de toda pregunta y la apertura de caminos a partir de ella, en coherencia con su espíritu democrático fuera y dentro del aula, con lo que reafirmaba el continuo entre el discurso del profesor y la manera de confrontar los desafíos de la vida cotidiana. Por eso, no era posible caer en contradicción al pensar juntas la democracia y la educación bajo su mirada, caracterizada, entre otras cosas, por una audaz ternura. El interés de Guillermo, creo, no solo era hacer aportes teóricos relevantes, sino también orientar transformaciones por medio de la misma acción docente e investigativa. Me refiero a la capacidad de trascender en sus estudiantes y poner de manifiesto el sentido práctico y noble de las revoluciones, entendidas desde Kuhn como el fruto de diversos cambios de paradigma.

Un día le envié el siguiente texto:

Los discípulos tenían multitud de preguntas que hacer acerca de Dios. Les dijo el Maestro: "Dios es el Desconocido y el Incognoscible. Cualquier afirmación acerca de Él, cualquier respuesta a vuestras preguntas, no será más que una distorsión de la Verdad". Los discípulos quedaron perplejos: "Entonces, ¿por qué hablas sobre Él?". "¿Y por qué canta el pájaro?", respondió el Maestro. El pájaro no canta porque tenga una afirmación que hacer. Canta porque tiene un canto que expresar. Las palabras del

alumno tienen que ser entendidas. Las del Maestro no tienen que serlo. Tan sólo tienen que ser escuchadas, del mismo modo que uno escucha el viento en los árboles y el rumor del río y el canto del pájaro, que despiertan en quien lo escucha algo que está más allá de todo conocimiento (De Mello, 1982, p.16-17).

El 24 de noviembre de 2012 me escribió de vuelta: “Me acuerda de Kant y de Arendt”. El profesor Hoyos-Vásquez asumía a sus discípulos como participantes en el horizonte de la comprensión, porque para él no bastaba con identificar la diferencia; el esfuerzo importante radicaba en la posibilidad de pensar la relación entre dos, ya se tratase de puntos de vista, usos de la razón, en fin. Reconocer al otro desde la diferencia que soy yo para él y viceversa guardaba, a los ojos del filósofo, la posibilidad única de consolidar la vida en comunidad, desde el movimiento creativo inherente a la libertad. Ahora bien, si pensar es abrirse a lo indeterminado, él tenía razón cuando se refería al límite del conocimiento teórico, señalado por la razón kantiana, como apertura total para la posibilidad de encontrar el sentido mismo del existir. Lo anterior conduce a creer que los procesos formativos deben generar un beneficio recíproco, tanto al razonar teórico como al razonar práctico del estudiante, fundamentales para la democracia participativa, el fortalecimiento de la sociedad civil y el ejercicio continuo de la política con fundamento moral, exigidos, además, en la transición hacia la paz perpetuante.

No en vano emprendió gran parte de sus luchas de adentro hacia afuera, es decir, desde la reflexión sobre sí mismo y confrontó los límites de la finitud con la infinitud presentes en la libertad, como movimiento anticipatorio a la interacción. Este ejercicio implica la integración del “cóncete a ti mismo” socrático con un esfuerzo creativo y comprensivo para construir con el otro una posición media superior, similar a la “punta de un triángulo”, como diría Covey (2004). Podría decirse que se alcanzaba una dimensión distinta, porque invitaba a que ni él ni sus estudiantes estuviesen cegados por el conocimiento o adoptaran esa perspectiva a vista de pájaro, que lo deja ver todo desde arriba, desde el cielo; si parafraseamos a Mohammad Yunus (citado en Covey, 2004), podemos decir que prefería el alcance de la lombriz e intentaba ver lo que se tiene delante para explorar cómo transformarlo. Dicha actitud contribuía a despertar una vocación inagotable por servir al bien común, indispensable en todo ciudadano cuando el cometido es la realización de la idea de sociedad civil. La relación enseñanza-aprendizaje no podría, por tanto, estar desvinculada de ese gran propósito. Por el contrario, el juego se tornaba un proceso de mutuo crecimiento con miras a convertirse en ciudadanos con espíritu democrático, solidario y pluralista.

Dentro de este modelo de vínculo profesor-estudiante se alcanzaba una clara conciencia de interdependencia, fértil tanto para el crecimiento propio —o alcance de metas personales— como para la formación en principios y valores esenciales en la convivencia. La constitución de sociedad civil, concebida como responsabilidad de los participantes en actos comunicacionales, implicaría tanto la comprensión de sentido, como la validación de pretensiones de objetividades; ello requiere “prácticas pedagógicas destinadas a potenciar su profundidad, alcance y sentido como forma de vida en común que valoramos para realizar nuestra historia” (Castro-Leiva & Martínez, 1997, citados en Hoyos-Vásquez, 2000).

En suma, la tarea docente estaría comprometida, en su origen, con la noción de relaciones recíprocas entre los miembros de una sociedad desde el punto de vista personal y profesional. El reconocimiento del otro como diferente en su diferencia no podría ser, en su opinión, una competencia

Descripción del artículo | Article description | Description de l'article | Artigo descrição

En el artículo se perfilan todos aquellos aspectos que para una de sus discípulas fueron significativos en la práctica docente del profesor Guillermo Hoyos-Vásquez. Por una parte, se destaca su concepción de educación como proceso humanizador y emancipador y, por otro, se le reconoce como un maestro profundamente generoso con su saber, que fomentaba las condiciones para desarrollar fuerza creativa, singularidad y grandeza en cada uno de sus estudiantes y para quien la construcción del vínculo profesor-estudiante se caracterizaba, en esencia, por una relación dialógica permanente.

desarrollada por inercia en los estudiantes; se hacía necesaria una intención pedagógica clara y sistematizada de formarlos como sujetos que intervienen en el mundo, interconectados en relaciones y prácticas sociales e involucrados en procesos vitales permanentes. Lograr una educación de calidad implicaría, por tanto, la articulación de conocimientos de las ciencias de la naturaleza y de las sociales y humanas con hábitos intersubjetivos y tradiciones, en las cuales desde siempre, como sostiene Habermas (2006), se encuentran los sujetos que vivencian, actúan y hablan. El proceso integrado mediaría nuestro actuar en el mundo y en la sociedad civil, de acuerdo con Guillermo Hoyos-Vásquez.

Dicha concepción del quehacer pedagógico le daría sentido a su existencia y a su historia entre nosotros, pues la huella del profesor Hoyos-Vásquez testifica algo imborrable por el tiempo, ligado a los intereses emancipatorios que hoy nos inspiran: en ausencia de la libre voluntad resultaría imposible actuar de modo participativo en el reino universal de los fines. Parte de nuestra tarea sería, entonces, evitar el desplazamiento de la educación como fuente primaria de creación de riqueza por políticas subyugadas, en exclusiva, a fines materiales, indiferentes a la equidad y a la coexistencia armónica de seres libres. Quizás desde está profunda convicción brotaba también su pasión por la crítica y el uso de la razón pública acuñada en su obrar, como esencia de la política deliberativa, en tanto lugar común de la humanidad.

Por medio de tu labor docente e investigativa reconocías, Guillo, que la determinación práctica en sí, como libertad, era la piedra angular tanto para el desarrollo de las ciencias de la naturaleza como para las ciencias sociales y humanas. Ignorarlo, pienso, significaría para ti abandonar la resistencia, esencial en la educación, pues solo esta nos faculta para reconocer la presencia absoluta del otro y de su buena voluntad original. El libre pensamiento lo presentaste como un puente desplegado entre uno y otro lado del abismo, con lo cual quedaba desbordada la capacidad humana de crear terceras alternativas y construir acuerdos sostenibles. Sin duda, tus argumentos enfatizaban la necesidad de asumirse como miembro legislador de una comunidad ética desde un giro reflexivo y creativo, desde la danza cotidiana constituida por piruetas de libertad.

Por esa fe me acompañas, incluso en momentos cuando la imposibilidad de oír tus bromas sobre la realidad, colmadas de noble ironía, me cobran una sonrisa triste y esperanzadora.

Sobre la autora

Clara Carrillo-Fernández es psicóloga y filósofa, magíster en Filosofía Política y doctoranda. Propuso la teoría de la armonía entre ley, moral y cultura, recogida por Antanas Mockus en el programa de Cultura Ciudadana. Ha sido consultora del PNUD, catedrática de Pace University y de la Universidad de los Andes.

Referencias

- Covey, S. (2004). *El 8° hábito*. Barcelona: Paidós.
- De Mello, A. (1982). *El canto del pájaro*. Buenos Aires: LUMEN.
- Hoyos-Vásquez, G. y Ruiz, A. (2000). *Formación ética, valores y democracia*. Recuperado de http://www.oei.es/valores2/catedra_andina/modulo1/formacion.htm